

Mía, siempre mía

Mía, siempre mía

Laura Arcila



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Laura Arcila 2024

© Entre Libros Editorial LxL 2024

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2024

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-88-6

*A todas aquellas personas que han encontrado a sus tres amores
y a quienes aún los están descubriendo.*

Mañana será otro día...
Y todo irá mejor.

No es que fuera tan estúpida como para creer que no volvería a verlo. Sabía que sucedería algún día, solo que una parte de mí no quería removerlo todo y... Bueno, había elegido el plan B: encerrar esa posibilidad en un cajón bajo llave y rezar para que nunca se hiciera realidad.

Capítulo 1

Mía

Hacía tres meses que había terminado los estudios de pastelería en Marsala y por fin había comenzado de forma oficial en el obrador familiar. Adoraba trabajar en la cocina del *Dolce Tentazione*, y mis ganas habían incrementado más aún cuando logré que mi padre aceptara a Camillo como camarero en la cafetería. Fue tremendamente difícil convencer a un hombre de mentalidad tradicional, dueño de uno de los negocios más antiguos de la isla, para contratar a alguien que no llevaba su sangre. Pero Cam en veintidós años había pasado más tiempo en nuestra casa que en la suya propia, así que, a esas alturas, ya era parte de la familia, aunque su apellido no fuera el de los Fabbiani.

Estaba inclinada sobre la enorme mesa metálica rellenando el último *cannolo* cuando Cam clavó sus dedos en mi cintura para hacerme cosquillas. Aquello me sobresaltó de tal forma que estrujé la masa crujiente del dulce y la hice añicos.

—*Mamma mia*, Cam! —le chillé mientras me daba la vuelta.

—Quedan quince minutos para cerrar, vámonos.

—*Bambina*¹, tienes que llevarle el pedido a Rafaella. Me recordó mi abuela, lanzándole una mirada de advertencia a Camillo.

—Sí, lo sé —resoplé. Me pasé el pañuelo por la frente y cerré la cajita con la pegatina que llevaba el logotipo del obrador.

—Te acompaño. —Mi mejor amigo me la quitó de las manos y la metió en la bolsa, también sellada con la imagen del negocio—. Luego nos vamos a la playa.

—Está bien. —Miré a mi abuela en busca de su aprobación y ella asintió—. Te veo mañana, *nonna*².

Volvió a asentir, aunque mi tía negó con la cabeza después de que Cam le dedicara una amplia sonrisa. No es que a él no lo quisieran tanto o igual que yo, pero no se terminaban de acostumbrar a su presencia en nuestra cocina.

Cam me desanudó el delantal, me lo pasó por encima de la cabeza para quitármelo y luego lo echó al cesto de lavado en el pequeño cuartito de almacenaje. Cogió su bolsa de tela y las llaves de mi moto de la cestita. Las deslizó por encima de la mesa de trabajo para que yo las cogiera y se ganó otra mala mirada por parte de mi abuela.

—Mía. —Me giré hacia ella cuando habló con un tono de voz cauteloso, casi advirtiéndome—. Rafaella me dijo esta mañana que Lorenzo volvía hoy.

—Ah. —Tragué saliva, asentí y fingí la mejor de mis sonrisas—. Bien.

Camillo me miró con cierta preocupación y pasó su brazo sobre mis hombros. Le agradecí que se encargara de quitarme la bolsa de papel y las llaves de las manos. Comenzó a arrastrarme hacia el exterior de la cafetería, despidiéndose con la mano de mi padre.

—*Ciao*, Fabián! ¡Hasta mañana!

¹Chica, en italiano.

²Abuela, en italiano.

—¿Adónde vais? —Me paré en seco al escuchar la voz grave de papá e inspiré en profundidad antes de girar sobre mis talones y fingir, de nuevo, la maravillosa sonrisa que todo el mundo adoraba.

—A llevarle los *cannoli* a la señora Rossetti, papá. —Aun con las manos temblorosas, hice el esfuerzo de quitarle la bolsa a Cam y mostrársela a mi padre.

—Está bien. —Asintió poco convencido al darle un ligero repaso a mi rostro—. Dale recuerdos de parte de tu madre y dile que irá a verla lo antes posible.

—Genial.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando volvió a mencionar mi nombre. Antes de que hablara, ya sabía lo que diría.

—Mimi, dale recuerdos a Lorenzo de parte de la familia.

Cerré los ojos unos segundos y, sin mirarlo, asentí. Él sabía bien que llevaba años sin hablar con Lorenzo y también que esa vez yo no tenía escapatoria. Solté un quejido mientras arrastraba los pies hacia la puerta con Camillo tirando de mi muñeca hacia el aparcamiento de tierra frente a la cafetería. Sin decir nada, me puso el casco y me lo abrochó. Se subió en mi moto, arrancó y me hizo un gesto con la cabeza para invitarme a imitarlo. Me aferré a su cintura al estabilizarme en el asiento.

—Ni de coña, Cam. —Comencé a negar con la cabeza cuando, en lugar de girar hacia mi casa, lo hizo hacia la calle de los Rossetti—. Déjame en casa y llévalo tú.

—Mimi, ¿crees que vas a poder evitarlo toda tu vida? —Paró la moto en el lateral de la calzada y me miró por encima del hombro.

—Si lo he conseguido durante cuatro años, podré hacerlo un verano más —me quejé mientras abrazaba la bolsa de papel—. Por favor, Cam...

—No —negó con rotundidad—. Tú y yo sabemos que no ha venido de visita durante un par de semanas. No vas a poder quedarte en casa fingiendo estar enferma. No vas a poder pedirle

a tus padres un *retiro espiritual* —me dijo, haciendo comillas con los dedos— en la otra punta de la isla durante una semana. No puedes volver a Marsala con la excusa de los estudios y los exámenes. —Me estaba regañando como si fuera una cría, y yo no hacía más que sostener el puchero que estaba haciendo con el labio inferior en busca de compasión—. La cagaste, Mimi. Afronta las consecuencias.

Amaba su franqueza, pero a veces era demasiado.

—Cam... —volví a suplicar con la voz más triste que tenía dentro de mí y no porque estuviera fingiendo, sino porque realmente estaba acojonada.

—¡Supéralo! —Soltó una carcajada y, sin previo aviso, aceleró y se incorporó a la calzada de nuevo.

La casa de los Rossetti era una villa preciosa con enormes jardines verdes y muros de piedra de media altura, tan solo un poco más altos que yo; el portón de la entrada sí se levantaba hasta casi los dos metros y, detrás de él, aguardaba yo, aferrada como una niña insegura a la bolsa de papel mientras Camillo me esperaba junto a la moto en la acera de enfrente. Llamé al timbre y sentí cómo la sangre volvía a mi cabeza y el oxígeno a mis pulmones cuando la voz de Rafaella sonó unos segundos después.

—¿Quién es?

—¡Yo! ¡Mimi! —me apresuré a decir.

—Voy, hija. —Un chirrido sonó cuando colgó el telefonillo, y me giré para levantarle el pulgar a Cam, quien simplemente negó con la cabeza.

No podía evitar cambiar el peso de una pierna a otra mientras esperaba nerviosa a que Rafaella abriera la puerta. Sus ojos amables y azules como el cielo de verano estaban más apagados que de costumbre y, aunque era una mujer preciosa, la dureza de la situación de los últimos meses le había pasado factura. Se habían acentuado sus arrugas y la palidez de su rostro. Sabía lo guapísima que había

sido de joven porque ella misma había pasado horas mostrándome fotos en el salón de su casa. Si la observaba ahora, poco quedaba de esa joven risueña y llena de alegría. Dolía verla así.

—¿Cómo estás, querida? —Puso una mano en mi brazo para darme un beso en la mejilla, y yo se lo devolví llena de emoción.

—Todo bien. —Asentí mientras le entregaba la bolsita. Cuando ella fue a sacar la cartera, puse la mano sobre la suya para negar con la cabeza—. Es un regalo de la familia. Mis padres te mandan saludos.

—*Grazie mille*³, cariño. —Guardó de nuevo la cartera y se quedó mirándome unos segundos más, como si quisiera decirme algo. Me adelanté para evitar que dijera lo que fuera que quisiera soltar.

—¿Cómo se encuentra Carlo?

—No hay mucho que hacer, hija. —Negó con la cabeza gacha. Cuando volvió a mirarme, sus iris brillaban con intensidad por las lágrimas—. Él no quiere vivir así y, cuando uno no quiere luchar, no hay nada que se pueda hacer.

—Lo lamento. —Parpadeé para evitar llorar yo también y volví a sonreír—. Tiene suerte de tenerte.

—Más bien soy yo quien tiene la suerte de tenerlo a él —me dijo en voz baja mientras me cogía la mano con cariño—. No sé qué haré cuando no esté.

—Cuando mi *nonno* murió, mi abuela Grazia salió adelante, en parte, gracias a ti. —Le apreté la mano que ella me había dado y se la estreché entre las mías—. Cuenta con la familia Fabbiani para lo que necesites.

Cuando sus ojos azules se dirigieron por encima de mi hombro, un nudo se apretó en la boca de mi estómago tan fuerte que casi consiguió provocarme náuseas.

—Valeria, querida, qué alegría conocerte —dijo Rafaella, abriendo los brazos hacia la chica que acababa de bajarse del vehículo.

³Mil gracias, en italiano.

Ese que tan bien conocía y no solo porque lo estuviera mirando, sino porque reconocía el sonido chirriante de la puerta del copiloto. Un MG descapotable de un color amarillo pálido que tenía más años que yo, literalmente. Carlo padre lo había cuidado más que a su vida y, desde los dieciséis, aunque no tuviera carné, Enzo lo conducía por el pueblo y lo trataba con todo el cariño del mundo. Antes de que se marchara, gracias a ese descapotable, había pasado el mejor verano de mi vida, aunque también fue el último juntos.

Sentía que me iba a desmayar cuando la puerta del conductor se abrió y se cerró después de que la grava crujiera bajo sus zapatos.

—¿Mimi?

No me importó que hubieran notado mi suspiro de alivio al escuchar la voz suave de Carlo hijo. Él se quedó igual de paralizado que yo, aunque quizá algo más rígido. Era unos años mayor que Enzo y siempre nos habíamos llevado genial, pero nuestra relación también se enfrió cuando su hermano dejó la isla. Ambos se parecían mucho. Lo único que los diferenciaba era que su pelo era más claro, medía unos milímetros menos y, sin duda, sus ojos: los suyos eran como el chocolate derretido, vivos y brillantes, muy distintos a los de Enzo. Compartían los rasgos duros y el aspecto sereno, como si nunca nada los perturbase.

—¿Dónde está Enzo? —Rafaella alzó la cara para mirar a su hijo—. Este niño siempre desaparece sin avisar.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya. —Sonreí un poco incómoda. Algo en los ojos de Carlo impidió que me moviera del sitio.

—Ha parado con mi moto en el Dolce Tentazione para... —Caraspeó al mirar a la chica rubia que había llegado con él, quien seguía sujeta del brazo de Rafaella y me miraba con curiosidad—. Para comprar algunos dulces.

Sentí cómo el corazón me daba un vuelco al escucharlo decir eso, pero negué con la cabeza, disipando cualquier pensamiento

o ilusión que pudiera intentar abrirse paso entre la rendija de la muy bien cerrada puerta de mi pasado. Cuadré los hombros y mi sonrisa apareció una vez más.

—Un placer verte, Rafaella —le dije de nuevo, haciéndoles saber que me iba definitivamente—. Mi madre vendrá en esta semana. *Ciao*, ha sido genial veros.

Aceleré el paso hasta llegar a la moto y, en cuanto me puse el casco, escuché el ruido de las ruedas de la moto de Carlo sobre la grava de la calzada. Le pellizqué la cintura a Camillo para rogarle que arrancara al sentir la presencia de Lorenzo a tan solo unos metros de nosotros. Era lo más cerca que habíamos estado en años.

No pude sentirme más aliviada cuando Cam paró la moto delante de la puerta de mi casa. Me bajé con la respiración agitada, lancé el casco a sus manos y él se encargó de guardarlo en el asiento. Amarró el suyo a la rueda con el candado. Se quedó mirándome con los brazos cruzados, a la espera de alguna explicación.

—Has huido como una zorra.

—Cam —le advertí, porque mi madre podría oírnos. Odiaba las palabrotas y mi amigo no se cortaba al decirlas.

—Seguro que piensan que estás loca. —Puso los ojos en blanco y abrió la cancela de hierro—. Como una puta cabra —añadió para molestarme, por lo que se ganó un empujoncito.

—Me da igual lo que piensen. —Me encogí de hombros y entré por la puerta trasera de la cocina—. ¡Hola, mamá!

No respondió, por lo que supuse que estaría ocupada o en alguna habitación desde la que no nos hubiera oído llegar. Subimos las escaleras hacia mi dormitorio y desde la ventana la vi en el huerto, rodeada de matas enormes de calabacines, calabazas y pimientos, algunas incluso más altas que ella, aunque no era demasiado complicado.

Mi madre y yo no solo teníamos en común el color verde oscuro de los ojos y la melena castaña, sino también la altura que

era, cuanto menos, escasa. Ninguna pasaba del metro cincuenta y cinco y eso que tanto mi padre como mi hermano tenían una estatura bastante promedia. Nos habíamos llevado el lado malo de la genética.

—Ponte este bikini negro, por si te encuentras con Enzo en la playa. —Cami ya estaba rebuscando en mis cajones y lanzando la ropa sobre la cama. Me apresuré a detenerlo. Cogí la montaña de bikinis y la devolví al cajón.

—¿Estás mal de la cabeza? —murmuré—. No voy a ir a la playa sabiendo que puedo encontrármelo en cualquier momento.

—Yo sí quiero encontrarme con su hermano —canturreó, sacando un bañador de su lado del armario.

No es que Camillo viviera con nosotros, pero pasaba tanto tiempo en mi casa que había decidido cederle un espacio en el armario para que trajera algo de ropa.

—No te vas a creer lo que ha dicho Carlo —recordé de pronto mientras me giraba hacia él. De nuevo estampó el bikini negro sobre mi pecho. Enarcó una ceja y esperó a que continuara—. Enzo paró con la moto en la cafetería, y cito textualmente: «Para comprar pasteles».

—No..., ¿en serio, tía? —me dijo, fingiendo asombro con la boca abierta—. ¿Pasteles? —insistió, de forma sarcástica.

—¿No te sorprende? —Alcé las cejas mientras me quitaba las bragas y me subía la parte de abajo del bikini—. Porque yo me he quedado muerta.

—Cariño, él sabe tan bien como tú que os veréis tarde o temprano. A lo mejor ha querido quitar la tirita de un tirón. Todo el mundo sabe que ha venido para quedarse. —Se encogió de hombros, anudándose el bañador—. Eres la única gilipollas que todavía cree que se va a ir dentro de una semana.

—¿Para qué iba a quedarse? Él siempre quiso trabajar en Roma, no aquí. —Me giré para que Cam pudiera hacerme un lacito en

la parte trasera del sujetador, y él apretó con fuerza hasta casi cortarme la respiración.

—Mimi, su padre se está muriendo —me comentó con frialdad, aunque luego añadió un suspiro lastimero—. Alguien tendrá que gestionar los hoteles y él acaba de terminar la carrera.

—No lo digas así —murmuré. Me puse un vestido playero semitransparente—. Esperemos que mejore.

—Si alguien mejora de un cáncer terminal, dímelo.

Lo fulminé con la mirada. Amaba con todo mi corazón a mi mejor amigo y adoraba que siempre fuera la parte directa de la relación, pero a veces se pasaba y ni siquiera parecía darse cuenta.

—¿La rubia esa está saliendo con Carlo? —Me miró a través del espejo mientras se cepillaba con cuidado su pelo castaño perfectamente cortado: un flequillo liso repeinado hacia atrás y más corto por los laterales en un degradado impecable.

—Pues no lo sé. Nunca la había visto. —Me encogí de hombros. Guardé la toalla y la crema de sol en la bolsa de fibra—. Pero si Carlo Rossetti tuviera novia nos habríamos enterado, ¿no?

—Fíjate que siempre pensé que era gay. —Me guiñó uno de sus ojos ambarinos antes de dejar caer unas enormes gafas de sol sobre su cincelada nariz romana.

—En tus sueños, amigo. —Reí, ajustándome la pamelita sobre la cabeza y mirándome al espejo.

—¿Y ese cacharro? —Dio un pequeño manotazo al ala de mi sombrero, y yo le sujeté la muñeca para que no lo volviera a hacer—. ¿Te crees que así no te va a reconocer?

—Me la pongo porque es bonita. Nada más.

Unos golpecitos sonaron en la puerta entornada y mi hermano Fabián asomó la cabeza con total confianza.

—Hey —dijo con una media sonrisa dedicada a Cam, como siempre—. Mamá pregunta que si bajáis a tomar *gelato* antes de iros.

—Solo si es de sabor a ti. —Mi amigo alzó las cejas y Fabi rio mientras negaba con la cabeza.

—No tienes remedio... —le respondió mi hermano.

—Enseguida bajamos. —Le lancé un cojín a Camillo y lo cogió antes de que le diera en la cara.

—Me encanta tu hermano, ¿te lo he dicho alguna vez? —Suspiró cuando Fabi salió de la habitación y se llevó la mano al pecho.

—Más o menos todos los días. —Puse los ojos en blanco, coloqué el cojín en la cama y me eché el bolso al hombro para seguir a Cam escaleras abajo.

Le sonreí a mi hermano al entrar en la cocina. Nos adorábamos, por supuesto. En mi casa habíamos crecido con el lema de «La familia siempre es lo primero», y Fabián y yo lo cumplíamos al pie de la letra, aunque alguna vez tuviéramos discusiones tontas. Tan solo nos llevábamos dos años: él había cumplido los veinte unos meses atrás y yo cumpliría los veintidós en apenas unas semanas.

No se me hacía raro ver a Camillo tirándole los tejos a Fabi. Al fin y al cabo, se conocían desde siempre. No importaba que fuera mi mejor amigo, tenía su vida aparte de mí, y mi hermano tenía la suya. Lo que hiciera con ella no era asunto mío. De hecho, muchas veces incluso deseaba que se casaran y por fin Cam fuera oficialmente de la familia. Sin embargo, con la mentalidad tan antigua que tenía mi padre, la idea me asustaba más de lo que me agradaba.

—Esta mañana bien temprano me trajo Sofía, la mujer de Massimo, unos cuantos kilos de limones y no pude resistirme a hacer *gelato* —comentó mi madre mientras dejaba unos cuencos de madera repletos de sorbete de limón sobre la mesa.

—Está riquísimo, mamá. —Asintió Fabi mientras se llevaba una cucharada a la boca—. Quizá deberíamos ponerlos en la carta del Dolce.

—Tú y tus innovaciones. —Rio ella, negando con la cabeza—. Tu padre no va a querer, hijo, ya sabes cómo es.

—Habrá que convencerlo entonces, Gina. —Cam lami  la cuchara y sonrió con inocencia a mi madre.

—T  mejor ni lo intentes, Cami —respondió divertida y se echó a reír de esa forma tan escandalosa para después sentarse con nosotros.

—S  que en el fondo tu marido me ama. —La se al  con la cuchara en cuanto las llaves sonaron en la puerta de la entrada—. Hablando del rey de Roma...

—Por la puerta asoma —lo siguió mi hermano, que salud  a mi padre con una sonrisa.

— Hablabais de mí? —El mencionado enarcó una ceja, inclinandose para darle un beso en la mejilla a mi madre.

—Queremos vender helados en el Dolce.

Me di una palmada en la frente cuando mi mejor amigo habl . Mi hermano comenzó a toser y se llevó una servilleta a la boca.

— C mo dices, Camillo?

—Ni caso, papá... Se le ha debido recalentar la cabeza con el casco de la moto. —Le di una patadita por debajo de la mesa, pero él sostuvo su sonrisa divertida.

—Venga, Fabián, es verano. Hace calor y el Dolce est  a diez minutos a pie de la playa. A todo el mundo le apetece tomarse un helado.

—Pues que se vayan a la helader  de Massimo —gruñó con el ceño fruncido—. O abres una helader  t  mismo,  qu  te parece?

—Necesitar  un inversor —brome  de nuevo, pero esa vez fue mi hermano quien le arre  una patada menos sutil—. Se lo preguntar  a mi padre. —Mi madre alzó las cejas—. Si lo conozco algún día, claro...

—Nos vamos. —Me puse en pie, lo cogí del brazo y lo arrastr  conmigo—.  Riqu simo el helado, mami!  Hasta después!

Alcancé a ver cómo mi hermano se aguantaba la risa y la ocultaba en una cucharada de helado antes de cerrar la puerta de la entrada en silencio.

—En serio, el día en el que mi padre te eche de una patada en el culo, no voy a dar la cara por ti —me quejé en un murmullo mientras le daba el casco de la moto.

—Venga ya, Mimi, tampoco ha sido para tanto.

—Cam, no puedes vacilar en toda su cara a Fabián Fabbiani y quedarte tan tranquilo.

—¿No? —Abrió los brazos, girando sobre sí mismo con una sonrisa divertida—. Mira qué tranquilo estoy.

Era, simple y llanamente, increíble.

Capítulo 2

Amaba las playas de arena blanca de mi isla, pero las calas rocosas siempre serían mis favoritas. Cam y yo solíamos dejar las sandalias en el asiento de la moto y caminábamos por las tarimas descalzos, sintiendo la aspereza de la madera y el calor colándose entre los dedos de nuestros pies al llegar al final de la pasarela.

El verano acababa de empezar y pronto cada rincón de mi hogar comenzaría a llenarse de turistas curiosos por ver una supuesta isla paradisíaca. No era para tanto. Es decir, la zona costera y de hoteles era bonita y quizá algún monumento o edificio también, pero poco más. No es que me molestaran los turistas, todo lo contrario, traían dinero al Dolce, así que teníamos que aprovechar la temporada alta.

Cerré los ojos e inspiré profundamente cuando la brisa del mar me dio la bienvenida. Sonreí. Siempre lo hacía cuando escuchaba el susurro de las olas, aunque hacía unos años que había dejado de ser lo mismo para mí. Pero las cosas cambian. La gente cambia.

—Balón.

—¿Eh? —Miré a Camillo en el momento justo en el que una pelota de plástico se estrelló contra mi abdomen—. ¡Auch!

—Te he avisado. Negó con la cabeza y se agachó para cogerla. Cuando buscó a su dueño, no pudo evitar una media sonrisa.

—¡Mimi! —Maldije en voz baja al escuchar la voz de Carlo y sonreí de manera convincente cuando me giré en su dirección—. Lo siento, vaya golpe te he dado. ¿Estás bien?

—Sí.

Di un paso atrás cuando él alargó la mano, a punto de tocarme el brazo. Fue un movimiento involuntario y quizá un poco fuera de lugar. Al fin y al cabo, había visto a Carlo mil veces en esos últimos años. Solo que ahora era probable que su hermano anduviera cerca.

—¿Con quién has venido? —Camillo le tendió el balón y él le sonrió al cogerlo—. ¿Con tu novia? La rubia —aclaró.

Debí ponerme como un tomate, porque enarcó una ceja y me miró como si la pregunta la hubiera hecho yo. Negó con la cabeza, riendo.

—Valeria no es mi novia —dijo en un tono algo más cauteloso—. Eso es algo que Enzo tendrá que contarte. —Se dirigió a mí y, sin motivo alguno, mi corazón se aceleró.

—Yo no... A mí nadie me debe ninguna explicación. —Fruncí el ceño y me aferré a mi bolsa de playa—. Nos vemos, Carlo. —Volví a forzar la sonrisa, pero, a pesar de que era experta en fingirlas, esa vez pareció más bien una mueca.

Solté la bolsa de mala gana, saqué la toalla gigante y la extendí en el aire hasta que cayó con suavidad sobre la arena. Observé en la distancia cómo mis amigos intercambiaban algunas palabras más, y luego Cam caminó en mi dirección de forma tan lenta que casi resultaba una tortura.

—Agradezco a mi madre por haberme parido en esta isla y permitirme ver semejante monumento de tío en bañador. —Me lanzó su camiseta a la cara y se tumbó boca abajo a mi lado.

—¿Y bien? —Ignoré su comentario y lo miré de reojo, curiosa.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? —Me giré para ponerme de lado y apoyarme en un codo. Él hizo lo mismo y deslizó las gafas por el puente de su nariz para alzar las cejas, fingiendo no saber a qué me refería—. ¿Qué te ha dicho, idiota?

—Uy, Mía Fabbiani insultando... Esto es serio —bromeó con una amplia sonrisa. Bastó que yo entornara los ojos para que mi amigo empezara a hablar—. Dice que Enzo quiere verte.

—Yo no.

—Mentirosilla... —Cogió mi móvil, abrió Instagram y buscó el nombre de mi... Bueno, de Enzo—. ¿Por qué no te sale?

—Lo bloqueé. Otra vez. Le quité el móvil y lo lancé de nuevo a la bolsa—. Y en WhatsApp, en Facebook, en Twitter... Hasta en LinkedIn. Ah, y marqué su correo electrónico como spam. Ah —continué pensativa—, también bloqueé su número de teléfono y SMS.

—¿Algo más? —Enarcó una ceja y yo negué con la cabeza—. No, si lo que me sorprende es que el chico quiera verte... Vaya zorra estás hecha.

—No entiendo esta repentina insistencia por verme. ¿No ha venido con su preciosa novia británica? Pues, hala... A disfrutar las vacaciones. —No sabía a ciencia cierta si se trataba de su novia, pero teniendo en cuenta de que no era la de Carlo y que me había dicho que era algo que le pertenecía contar a Enzo...

—Tú estás celosa que flipas...

—No —lo interrumpí rápidamente—. Para estar celosa tendría que sentir algo por él y lo que siento es una profunda indiferencia.

—No te lo crees ni tú —murmuró, enterrando la cabeza entre los brazos.

Tras unos largos minutos en silencio con la vista perdida en el horizonte, Camillo comenzó a roncar. Sonreí y negué con la

cabeza. Me puse de pie, porque siempre esperaba ese momento para darme uno de mis paseítos solitarios. Guardé su móvil en la bolsa y la puse junto a su cabeza. Me quité el vestido playero, lo dejé sobre la toalla y eché a andar hasta la orilla, donde el agua se encontró con mis pies. La marea siempre estaba tranquila en esa zona, no había mucha corriente ni algas ni rocas; por algo era la favorita de los turistas y la última en mi lista, claro. Pero el mar seguía siendo el mar, fuera la playa que fuese. Comencé a caminar, dando pasitos cortos mientras las olas iban y volvían cubriéndome hasta los tobillos.

Carlo dejó su toalla, se acercó a mí y comenzó a caminar a mi lado, haciéndome compañía. Su presencia no me sobresaltó, pero tampoco me agradó. Lo quería mucho, había sido como un hermano mayor para mí; sin embargo, seguía siendo el hermano de Enzo y nuestra relación ya no era lo que un día fue. Le sonreí y él me devolvió el gesto. Nos mantuvimos en silencio, porque entre nosotros las palabras no eran demasiado importantes. La playa no era muy grande, así que no tardamos mucho en llegar al espigón que la separaba de la siguiente. Me senté en la orilla y di la bienvenida al mar cuando se acercó a mí como si quisiera abrazarme. Me cubrió hasta la cintura. Carlo se quedó de pie a mi lado, mirando un barco que navegaba no demasiado lejos.

—¿Cómo piensas huir esta vez?

La pregunta de siempre.

Cada vez que su hermano venía a la isla, él aparecía en la cafetería para preguntarme de qué manera huiría de la situación una vez más. Siempre me reía y le decía que no iría a ninguna parte, que no tenía ningún problema con Lorenzo, pero aun así siempre me las ingeniaba para evitarlo. Solo eran algunas semanas al año, no era difícil desaparecer durante unos días.

—Estoy cansada de huir —me sinceré. No quería seguir escondiéndome.

—Y se supone que, esta vez, tengo que creerte. —Acabó acucillándose a mi lado, entrelazando las manos y apoyando los codos en las rodillas.

—No te lo creas si no quieres. —Me encogí de hombros y cerré los ojos para centrarme en el sonido de las olas rompiendo en las rocas. Mi segundo sonido favorito.

—Lo jodiste muchísimo, Mía.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y el nudo de mi garganta se apretó. Noté esa extraña sensación en la que puedes percibir con claridad cómo las lágrimas suben hacia tus ojos, provocando una especie de calambre en el tabique nasal. Inspiré hondo antes de hablar:

—Nos jodimos muchísimo. El uno al otro.

—Sabes que te aprecio. —Se puso de pie, me tendió la mano y yo se la tomé para levantarme—. No obstante, lo que hiciste no tuvo ni pies ni cabeza.

—Supongo que es lo que se dice cuando uno solo conoce la mitad de la historia. —Quise soltar su mano para alejarme, pero él se aferró a la mía y tiró hacia su cuerpo, acercándose.

—Nada de esto habría pasado si hubieras contado conmigo. Estuve ahí para ti. Quería estarlo. —Sus ojos brillaron cargados de decepción—. Pero también me echaste de tu vida.

—Voy a volver con Cam. —Le sostuve la mirada, pero esa vez no sonreí. Odiaba que me hablaran de forma tan directa. Sí, era esa clase de persona que evitaba los temas incómodos.

—¡Enzo se queda en la isla! —gritó cuando ya me había alejado unos metros. Sus palabras me hicieron parar en seco—. No podrás esconderte toda la vida.

Apreté los puños, clavándome las uñas en las palmas de las manos. Por mucho que les ordenaba a mis piernas que continuaran andando, me quedé ahí, paralizada en medio de la orilla. En lugar de seguir mi camino, me adentré en el agua y dejé que las lágrimas se mezclaran con el mar. Al menos, si Camillo me preguntaba

por qué tenía los ojos enrojecidos, podría decirle que me había entrado agua y los tenía irritados. Obviamente él no se lo creería, pero fingiría hacerlo.

Para cuando salí del agua ya había comenzado a atardecer. El naranja brillante se reflejaba en el mar mientras el sol tocaba el horizonte, creando un juego de luces que rozaba la perfección. Mi mejor amigo levantó la mano y la sacudió en el aire para llamar mi atención.

—La Bella Durmiente se ha despertado —canturreé al acercarme a él y darle un abrazo para mojarlo. Sabía lo mucho que le fastidiaba que hiciera eso.

—Quita, estúpida. —Me empujó fingiendo una mueca de asco y luego colocó sobre mis hombros una toalla más pequeña—. ¿Dónde te habías metido?

—Paseando por la orilla, buscando conchas, dándome un baño... —enumeré mientras dejaba un puñado de caracolas pequeñas sobre la toalla. Él comenzó a inspeccionarlas con una sonrisa—. Las cosas que te pierdes por dormirte dos horas y media.

—He estado todo el día trabajando. Me lo merezco. —Me sacó la lengua y se colocó las gafas de sol en la cabeza—. Vámonos ya a casa o tu padre se pensará que te estoy usando como ofrenda al Diablo.

—Ya. Es que a quién se le ocurre decirle que practica el satanismo al miembro más leal de la iglesia de toda Favignana. —Puse los ojos en blanco y saqué las llaves de la moto de su bolsa.

—¡Fue una broma!

—¡No me fastidies! —No pude evitar reírme. Camillo a veces tenía unas ideas fuera de lo normal, pero las risas nunca faltaban.

—Lo próximo que sacrificaré será una virgen. —Me empujó con el hombro, soltando una carcajada—. Hasta tu hermano te ha adelantado.

—¿Y qué? —Me sonrojé, aunque intenté ocultarlo detrás de la visera del casco.

—¿Vas a esperar a que un apuesto caballero te pida por esposa? ¿O que le ofrezcan treinta cabras a tu padre?

—¡Hala!, ¡treinta cabras!, tampoco soy para tanto... —bromeé mientras me abrochaba las hebillas de las sandalias. Cuando lo miré, lo hice algo más seria—. No me voy a tirar al primero que pase.

—Excepto si su nombre empieza por En... y sigue por...

—Ni lo menciones. —Lo señalé con el dedo, amenazante, y él levantó las manos en señal de inocencia.

Después de llevar a Camillo a su casa, dejé la moto aparcada en la acera frente a la puerta principal y pude ver a mis padres y a mi hermano cenando en el porche con las luces exteriores encendidas. A las nueve en punto se cenaba en casa, faltara quien faltase, aunque fuera la *nonna*, que aquella noche no nos acompañaba en la mesa porque estaba en casa de mis tíos.

—*Buona notte* —los saludé a todos y me incliné para besarle la mejilla a mi padre y luego a mi madre. También le revolví el pelo a mi hermano antes de sentarme a su lado—. ¿Qué cenamos hoy? —Me froté las manos y me serví un vaso de agua mientras echaba un vistazo a la mesa.

—*Panzanella* —me dijo mi padre mientras me servía en el plato con una cuchara de madera— y *caponata*.

—Madre mía, ¿qué celebramos? —Se me hizo la boca agua cuando mi madre destapó la olla del guiso y el olor inundó mis fosas nasales. Estaba a punto de hincarle el diente a la ensalada cuando las palabras de mi padre borraron mi sonrisa.

—El regreso de tu amigo.

Asentí y tragué saliva. No sabía muy bien qué decir.

—Me llamó Rafaella para agradecer que les regalaras los *cannoli* me comentó mi madre, sosteniéndome la mirada. Aunque no lo dijo con mala intención, mi padre frunció el ceño.

—Descontadlo de mi sueldo —le dije sin más mientras me encogía de hombros.

—Lo haré —intervino él. También nos ha dicho que Lorenzo ha vuelto con novia.

—Me alegro por él —dije en tono neutro. Aunque confirmar que, efectivamente, era su novia me removió el estómago.

Comenzaba a perder la paciencia. Mis padres sabían de sobra que, en mi presencia, no se hablaba de Lorenzo Rossetti. No sabían el porqué, pero sabían que no debían. Ese día todo el mundo había decidido tocarme las narices.

—No parece que estés alegre.

Apreté el tenedor con fuerza mientras observaba a mi padre con fiereza. Estaba a una frase más de levantarme de la mesa y encerrarme en mi habitación.

—Deberías ir a hacerle una visita. Al menos para mostrarle tus respetos por el estado de su padre —me dijo mi madre en apenas un susurro, poniendo su mano sobre la mía.

—Estoy de acuerdo con tu madre, Mía.

Me levanté muy despacio, cogí mis dos platos y entré en casa sin decir nada. Guardé la comida en un recipiente y subí a mi habitación con mi hermano pisándome los talones.

—¿Estás bien, Mimi? —Cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella.

—No. Es que no entiendo la necesidad de hablar de *eso*. —Gesticulé enfadada, lanzando la bolsa de playa al suelo—. No es normal, Fabi, estoy harta.

—Bueno, no les hagas mucho caso. —Abrió los brazos para ofrecerme un abrazo y le rodeé la cintura, resoplando—. Nadie sabe tus motivos, solo tú.

—Y tú —murmuré, apretándolo un poco más—. Gracias.

Me separé de él y levanté la mano para acariciarle el pelo castaño y ondulado, aún húmedo por la ducha. A veces me sorprendía lo muchísimo que había crecido sin ni siquiera darme cuenta; me sacaba una cabeza y media, aunque tampoco era muy complicado. Tenía los mismos rasgos robustos de papá, con la mandíbula cuadrada y los ojos afilados y oscuros, pero había sacado de mi madre la expresión amable, incluso inocente, con esas cejas arqueadas, las mejillas llenas y las pestañas largas. Lo adoraba con toda mi alma.

—¿Puedes hacer mi turno mañana en la cocina? —supliqué, parpadeando repetidas veces como un dulce cachorrito.

—Mimi...

—Por favor... —Junté las palmas de las manos bajo la barbilla—. Esta tarde estuvo allí. Seguro que va mañana también.

—¿Y qué harás pasado mañana? —Cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza.

—Fingiré encontrarme mal.

—¿Y al siguiente?

—Yo qué sé. —Me senté en el suelo y apoyé la espalda en el borde de la cama—. No tengo ni idea.

—Deberías ir mañana. —Se agachó frente a mí y puso las manos sobre mis rodillas—. No solo por ti y por superar un miedo, sino también porque he quedado para ir a la playa, ¿sabes?

Puse los ojos en blanco y soltó una carcajada. Ese sonido me arrancó una sonrisa, aunque no quisiera. Salió de la habitación, pero dejó la puerta abierta para que pasara mi padre.

—¿Puedo?

—Claro. —Alcé la barbilla para mirarlo y él me tendió la mano para impulsarme y levantarme del suelo—. Siento mucho lo de la cena. El asunto me tiene un poco... nerviosa.

—Está bien. —Me dio un abrazo y sentí que mi cuerpo se des-tensaba de nuevo—. No debería haber hablado de ello. El estado de

salud de Carlo no deja de empeorar, hija... y el muchacho siempre fue tu amigo. Sé lo mucho que quieres a su familia.

—Es que... —Las lágrimas se agolparon en mis ojos y no permití a mi padre que se separara de mí. Me aferré a su camiseta, porque no quería que me viera.

—Está bien llorar, Mimi. —Me acarició el pelo y me dio un beso en la cabeza—. Te sabe el pelo a sal —me comentó con una mueca que consiguió arrancarme una sonrisa—. Pensé que lo tuyo era la repostería —bromeó, estrechándome con fuerza, pero yo seguía sin poder hablar—. Siento ser tan duro a veces. No sé hacerlo mejor.

—Lo entiendo. —Asentí mientras me separaba de él y me limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Quieres protegernos.

—Dúchate y vete a dormir —me dijo, pasándome los pulgares por las mejillas—. Mañana será otro día...

—Y todo irá mejor —terminé la frase que él siempre decía y sonreí cuando me dio un beso en la frente.

Todo irá mejor, sí.

Capítulo 3

Por suerte, la mañana había transcurrido con normalidad y mi padre y Cam estaban terminando de recoger la terraza. La cocina ya estaba casi lista y, mientras yo, sentada sobre la encimera y balanceando las piernas, me comía una *crocette*, el dulce favorito de mi abuela, mi tía le daba el último repaso con la bayeta a la mesa central.

Aún llevaba puesto el delantal blanco lleno de manchas de todos los colores, el pelo recogido de manera desaliñada bajo la redecilla y toda la cara llena de harina cuando Camillo se me quedó mirando desde el marco de la puerta. Abrí los ojos muchísimo y él asintió lentamente. Entre nosotros sobraban las palabras.

—Dile que no estoy. —Casi me atraganté con el dulce y tuve que correr hacia el grifo para beber directamente de él. Comencé a toser, me quité el delantal y lo lancé al cesto—. Espérame en la puerta de atrás con la moto y...

Mi padre se asomó por detrás de mi amigo, dedicándome una mirada de advertencia.

—Mía. —Bastó decir mi nombre con su voz más profunda para que me quedara petrificada.

—Papá... Hoy no... Ahora no... —Comenzó a faltarme el aire.

—*Bambina* —dijo mi abuela, humedeciendo una servilleta para limpiarme algo de la cara—, sal y saluda a Lorenzo.

—Tía Aless... —La miré a ella en busca de ayuda, pero negó con la cabeza.

—La abuela tiene razón, cariño.

—Dame cinco minutos, al menos —supliqué, mirando a mi padre, y él asintió.

Me encerré en el baño y me alisé la camiseta morada de tirantes con las manos, me solté el pelo e intenté desenredarlo lo máximo posible. Me miré en el espejo, mojando un trozo de papel para quitar una mancha de harina de mi mejilla. Dios, ni siquiera me había maquillado lo más mínimo esta mañana, llegaba tan tarde que salí corriendo a la cafetería sin recordar que *él* estaba de vuelta en la isla.

De pronto, sentí ganas de llorar. Hacía casi cuatro años que no estábamos tan cerca y ahora, literalmente, estaba a una puerta de distancia. ¿Qué se suponía que tenía que decirle? ¿Hola? ¿Siento mucho que tu padre esté empeorando? Dios, nadie quiere escuchar eso, joder. ¿Por qué me buscaba? Nunca lo había hecho, ¿por qué ahora? Me llevé la mano al pecho; sentí que me iba a desmayar de un momento a otro.

Dos toquitos sonaron en la puerta.

—Ha tenido que irse —dijo Cam al otro lado.

—¿Cómo sé que no me engañas? —Pegué la oreja al metal frío y el pomo giró. Se abrió la puerta, lo cual me hizo chocar con mi amigo al caer hacia adelante.

—Rafaella lo ha llamado —explicó mientras me sujetaba por los hombros—. Carlo acaba de darles un... sustito.

—Ay, Dios mío. —Me cubrí la cara con las manos ante la mirada de reproche de mi abuela—. Soy horrible.

—Tía, ve a su casa y ya está. —Camillo me rodeó los hombros con el brazo y me obligó a caminar—. ¿Qué te has hecho en la cabeza?

Le sonreí al darme cuenta de lo ridícula que estaba con todo el pelo revuelto y volví a recogermelo en un moño desordenado. Mi padre se me quedó mirando al otro lado del mostrador y cerró la caja sin apartar sus ojos de los míos.

—Ha tenido que marcharse.

—Creo... Luego... Iré a casa de los Rossetti. —Agaché la cabeza, avergonzada.

—Deberías.

No dijo nada más. Bajó la mirada y continuó con el papeleo sin volver a mirarme. Me dolía que a veces fuera tan frío y distante conmigo, pero así era él. Todos estábamos acostumbrados, aunque eso no cambiaba la pequeña decepción que sentía en el pecho cuando levantaba la barrera entre nosotros.

Después de dejar a Camillo en su casa, paré en el mercado a comprar un ramo de magnolias blancas y volví a la mía para darme una ducha y ponerme algo de ropa decente antes de ir a ver a Carlo. Para variar, llevaba diez minutos frente al armario sin saber qué ponerme. Realmente aún no había pensado nada, pero intentaba evitar lo inevitable y hacer tiempo con las puertas del armario abiertas. Parecía una buena opción. Si Enzo no estuviera en la isla, me habría plantado en su casa con la ropa del trabajo sin pensármelo dos veces para apoyar a Rafaella y ver a Carlo, eso lo sabían todos, y por eso resultaba extraño que aún no hubiera ido a verlos. Al final opté por un vestido corto de un color amarillo pastel y estampado de margaritas blancas. Adoraba el amarillo, resaltaba mucho sobre mi piel bronceada y me transmitía alegría y positividad, justo lo que necesitaba en esos momentos.

Intenté maquillarme de manera natural, aunque ni siquiera sabía muy bien por qué lo hacía. Sí, sí lo sabía. Enzo estaría ahí, lo vería después de cuatro años, y quería que viera lo que...

—Mía. —Mi madre entró en mi habitación sin llamar.

—Dios, qué susto, mamá. —Sobresaltarme de esa forma hizo que mis pensamientos parasen de golpe. Me llevé una mano al pecho y sentí mi pulso acelerado.

—En la mesa de la cocina te he dejado una bolsa de verduras para los Rossetti, no te olvides.

—Vale. —Asentí. Cogí un bolso de tela en el que metí mis pertenencias y coloqué el ramo de flores con cuidado de que no se estropeará.

—Esta mañana estuve en su casa y... no tiene buena pinta, hija. No sé cómo va a terminar esto. —Suspiró, negando con la cabeza.

—Bueno, no hay nada que podamos hacer más que mostrarle nuestro agradecimiento y cariño por todos estos años —murmuré. Entendí que la muerte del hombre al que conocía desde hacía una década estaba más cerca de lo que creía.

—Apoya a Carlo hijo y... —Fruncí los labios. Ella suavizó la mirada—. Estoy segura de que Lorenzo se alegrará de verte.

Asentí en silencio y me mordí con fuerza el labio inferior. Bajé las escaleras con mi madre, cogí la enorme bolsa de verduras y lo subí todo a la moto, intentando hacer hueco entre mis piernas. Me tomé mi tiempo en arrancar, quizá demasiado. Elegí el camino largo y fui a la velocidad más reducida que me permitía mi Vespa Primavera, cuidada con mucho mimo, casi tanto como el coche de Enzo.

Mi corazón parecía intentar salirse de mi pecho mientras yo luchaba por mantenerlo en su sitio cuando, minutos después, me encontraba frente a la puerta, a la espera de mi momento más temido.

—Está bien, Mimi, esto tenía que pasar algún día —me dije a mí misma en un murmullo. Me atreví a elevar la mano a la altura del timbre.

Después de esperar unos minutos que se me hicieron demasiado cortos, la puerta se entreabrió. Yo tenía la vista clavada en el suelo, y estaba hecha un flan por no saber quién estaría al otro lado: si sería Rafaella, Carlo, o *él*.

Unas deportivas blancas, unas bermudas vaqueras, un polo azul... y los ojos castaños de Carlo, enrojecidos por el llanto. Le sonreí, inquieta, y él me respondió con una media sonrisa un poco forzada.

—He traído verduras del huerto. —Levanté la pesada bolsa frente a mí con ambas manos. Él la cogió.

—Gracias por venir.

Puso la mano libre en mi hombro y me abrazó, apoyando la mejilla en mi cabeza y soltando el aire que estaba conteniendo. Me sentí fatal. Carlo siempre había sido mi amigo, habíamos estado el uno para el otro toda la vida, y alejarme de Enzo también me alejó de él. Lo abracé con fuerza y me limpié rápidamente una lágrima de la mejilla. Me separé y le froté ambos brazos, sonriendo un poco más.

—Estoy aquí para lo que necesites.

De verdad quería estar ahí de nuevo para él, ser esa amiga que siempre fui. Tenía que intentarlo, tenía que conseguirlo. Porque el motivo de mi distanciamiento era Enzo, no él ni sus padres.

Caminamos en silencio el uno al lado del otro hasta el porche delantero. La puerta estaba entornada y, desde dentro, la chica rubia la abrió por completo. Sus preciosos ojos celestes parecían tristes y tenía la nariz respingona algo enrojecida. Llevaba el pelo liso recogido en una coleta alta con varios mechones cayendo con gracia por su rostro. Era bastante más alta que yo y, por supuesto, muchísimo más delgada, elegante y esbelta. Era preciosa, por Dios.

—Valeria, ella es Mía, una amiga de la familia —Carlo nos presentó y ella me estrechó la mano, tomándome por sorpresa.

—Encantada, Mimi... Oh, perdona, ¿puedo llamarte Mimi? —preguntó con un acento británico tan elegante como sus rasgos faciales—. He oído hablar tanto de ti en un solo día en esta casa que parece que te conozco desde siempre. —Sonrió, amable.

—Sí, no hay problema. —Solté su mano fina y pálida y me aferré a mi bolsa de tela mientras sacaba el ramo de magnolias—. Son para tu padre —me dirigí a Carlo y él asintió.

—Puedes dárselo tú misma.

Miré a mi alrededor, recordando todos y cada uno de los momentos que había vivido dentro de esa casa años atrás. Seguía buscando a Enzo o esperando a que saliera de algún lugar.

—Mi hermano ha ido al centro de salud a por algunas cosas. —Carlo me miró de reojo, respondiendo a mis pensamientos—. Has tenido suerte. Otra vez —me susurró antes de que Valeria llegara a nuestro lado.

—Ay, ¡Mimi! —Rafaella abrió la puerta de la habitación adaptada de su marido y me abrazó con fuerza—. Vaya susto nos ha dado esta tarde. Enzo ha tenido que ir al...

—Ya se lo he dicho, mamá. —Carlo puso una mano en el centro de mi espalda para invitarme a pasar. Cerró la puerta cuando yo entré y ellos se quedaron fuera para darnos algo de privacidad.

—Pero si es Mía Fabbiani —dijo Carlo padre con la voz ronca, intentando incorporarse en la camilla, hasta que la enfermera interna le puso una mano en el hombro y negó con la cabeza—. Habría ido a verte, pero se me ha complicado la cosa. —Tosió después de su pequeña broma y yo le sonreí mientras me sentaba en el lateral de la camilla—. Dame la mano, hija.

—Yo te veo estupendo. —Le sonreí con los ojos llenos de lágrimas. No pude evitarlo.

Hacía un mes que no entraba a verlo y, joder, sí que había empeorado. Siempre había visto a Carlo padre como a un hombre robusto, más grande y fuerte que sus hijos y cualquier otra persona de la isla; tan elegante, tan dispuesto siempre a ayudar en todo lo que fuera necesario, tan activo y con tanto impulso para hacer lo que hubiera que hacer que me costaba verlo en una camilla, inmóvil.

—Si estoy hecho un chaval. —Me apretó la mano y me dio palmaditas en ella—. Pero esta gente no me cree. Tú sí lo haces, ¿verdad? —continuó con su broma, alzando las cejas.

—Claro. —Asentí mientras notaba que las lágrimas se derramaban por mis mejillas.

—Pero no llores, Ángel mío. —Hizo el intento de levantar la mano para limpiarme el agua salada que descendía, pero estaba demasiado débil y la dejó caer de nuevo.

—Lo siento. —Sonreí, pasándome el dorso de la mano por la nariz. Me incliné para sacar las magnolias de la bolsa de tela y se las enseñé—. Te he traído esto.

—Preciosas, hija. —Asintió con una sonrisa sutil, agradecido—. ¿Has hablado ya con Lorenzo?

—No... —Negué con lentitud, incapaz de mirarlo.

—Cuando uno está a punto de morir, Mimi, dice lo que piensa, ¿sabías? Y estas últimas semanas yo estoy pensando mucho y diciendo poco.

—¿Y qué piensas? —murmuré. Bajé la vista a su mano delgada y con las venas hinchadas, aún aferrada a la mía.

—Que se me rompe el corazón al saber que voy a morir sin verte junto a mi hijo.

Fruncí los labios y sus palabras se clavaron en mí como cuchillos de hielo que provocaron un escalofrío en todo mi cuerpo. Negué con la cabeza sin saber muy bien qué responder.

—No te... No...

—¿Que no me voy a morir? —me interrumpió, y yo asentí—. Más pronto que tarde, Mía.

—No lo digas más. —Me mordí el labio inferior, aguantando de nuevo las lágrimas.

Debía ser horrible para Rafaella escucharlo decir eso todo el día. Ni siquiera podía imaginarlo. Él ya lo tenía asumido, me parecía maravilloso que tuviera esa capacidad de entenderlo y aceptarlo, pero era tan injusto que los demás no pudiéramos hacerlo de esa misma manera...

—Está bien, Ángel, no lo diré más. —Me apretó la mano con suavidad—. ¿Puedes prometerme una cosa?

—Sí —dije sin pensarlo, levantando la cabeza para encontrarme con sus ojos oscuros y vidriosos.

—Reconcílate con mi Lorenzo. —Volvió a darme un suave apretón cuando bajé la mirada y me obligó a mirarlo de nuevo—. Sé la amiga que necesita. Novia puede ser cualquiera, Mía, pero amiga solo puedes serlo tú.

Por suerte o por desgracia, así era.

Cuando poco después salí de la habitación, Rafaella me dio un beso en la mejilla antes de entrar ella y sentarse de nuevo en la mecedora, a su lado. Carlo estaba hablando con Valeria en la mesa del comedor y se levantó en cuanto me vio, haciéndome un rápido repaso de arriba abajo.

—Mi hermano está al llegar —me informó con la voz tranquila y sus ojos puestos en los míos, retándome—. ¿Quieres esperarlo?

—Yo... tengo... tengo algo de prisa, Carlo.

—¿No te quedas a cenar? —Valerialadeó la cabeza con curiosidad y me apresuré a negar con la cabeza.

—No. Otro día. Lo prometo.

Carlo me abrió la puerta principal y me sujetó del brazo antes de que pudiera poner un pie fuera. Me tensé, no porque me hiciera daño, sino porque sabía que diría algo que no me gustaría escuchar.

—No prometas cosas que no vas a cumplir.

—Yo no...

—He escuchado lo que te ha dicho mi padre. Las paredes son finas —bajó el tono de voz, aflojando el agarre—. ¿De verdad vas a estar ahí para él?

—No lo sé —murmuré con una punzada de culpabilidad—. Tengo que pensar.

—Has tenido cuatro años para pensar.

—Nos vemos mañana. —Di un pasito hacia atrás y le sonreí. Él asintió sin más como despedida.

Mi cuerpo entero temblaba con el simple hecho de pensar en tener que verlo, hablarle, estar ahí por si me necesitaba. Dios, no había estado para él en cuatro años, quizá ni siquiera se le pasaba por la mente contar conmigo en un momento así.

Éramos unos completos desconocidos.

Cerré el portón de madera y salí con la vista puesta en mis sandalias romanas. Me quedé paralizada, porque ni siquiera me hizo falta levantar la cabeza para saber que él se encontraba delante. No lo había visto, pero Enzo estaba ahí, en la oscuridad de la noche. Ojalá hubiera una maldita farola para poder acabar con eso de una vez. Respiré hondo y miré hacia adelante. Me encontré con el MG amarillo aparcado frente a mí. Mi moto estaba al otro lado de la calzada, así que encendí la linterna del móvil y, en lugar de alumbrar hacia adelante, lo hice hacia el suelo. Me negaba a levantar la cabeza. A tan solo unos metros de mi moto, apagué la linterna.

Me flaqueaban las rodillas y me sudaban las manos. Había olvidado todo lo que me hacía sentir sin ni siquiera tocarme. Me llené los pulmones de oxígeno, por si acaso se me olvidaba respirar cuando lo viera. Solo por si acaso.

«Hazlo ya, joder».

Distinguí su silueta apoyada en el asiento de mi Vespa con los brazos cruzados en el pecho y la vista fija en mí. Cerré los ojos y,

sin poder remediarlo, comencé a llorar en silencio. No me avergonzaba que Lorenzo me viera así, pero deseaba con todas mis fuerzas que fuera un sueño, que no estuviera; deseaba no tener que enfrentarme a mi mayor miedo, a mi mayor remordimiento. Ojalá me hubiera tragado la tierra en ese preciso instante. Me llevé una mano a la boca para ahogar un sollozo y entonces escuché el crujir de la grava bajo sus zapatos. Se acercaba a mí a un paso tan lento que resultaba una tortura.

«No puedo hacerlo».

—No llores, por favor. —Estaba muy cerca, pero seguía negándome a abrir los ojos.

«Por favor, no me toques».

—Mía susurró mi nombre casi con necesidad, y sentí el dolor en su voz.

«Tuya».

Apreté los dientes al responderle en mi mente. Siempre habíamos tenido esa broma con mi nombre; siempre había sido *suya*. Y de una forma u otra, nunca dejaría de serlo.

—Lo siento —le dije de manera casi inaudible.

—No me pidas perdón.

La caricia de sus dedos recorriendo el camino de mis lágrimas hizo que me desmoronara. Creí que me iba a caer al suelo en ese preciso instante. No supe qué dolía más, si aguantar el roce de su piel o apartar la cara para evitar que siguiera tocándome.

—Lo siento —repetí para después negar con la cabeza y clavar la vista en el suelo. Comencé a caminar hacia mi moto.

—Mírame. —Dio un paso a un lado y me cortó el paso.

Era incapaz de hacerlo. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara después de todo lo que había hecho? Encima estaba llorando. No podía ser más patética, aunque sabía que él nunca pensaría eso de mí.

—Mía. —Las puntas de sus zapatos casi chocaron con mis sandalias cuando terminó de acortar la distancia entre nosotros. Nunca nunca se había acercado de esa forma a mí. Sentí náuseas.

—Hola —le dije en voz baja cuando mis ojos chocaron con su boca.

Ambos soltamos el aire a la vez.

Y sí, se me había olvidado cómo volver a respirar.

—Hola. —Sonrió con dulzura y todo tembló a mi alrededor.

«Maldita sea».

Cuatro años. Cuatro malditos años desde la última vez que lo vi sonreír y seguía siendo como la primera vez, como *cada* vez. Mi mirada estaba clavada en su boca, incapaz de asimilar que de verdad lo tenía delante después de tanto tiempo.

Y no me había muerto de la impresión.

«Aún, claro».

—Yo... tu... tu padre...

—Sí, vaya susto nos ha dado, ¿eh? —Su respiración era irregular. Cuando pasó la lengua por sus labios, me di cuenta de que no había dejado de mirarlos ni un solo segundo—. ¿Has hablado con él?

«Por el amor de Dios, Enzo, ¿por qué actúas como si nada hubiera pasado?».

—S... sí... —Asentí, bajando de nuevo la mirada y dando un pasito hacia un lado—. Creo que será mejor que me vaya.

—Déjame acompañarte. —Se movió a la vez.

—No. Por favor. —Mi voz fue una súplica.

Dio un paso atrás para dejarme pasar y yo arrastré los pies hacia mi moto. Me apresuré a ponerme el casco.

—Mía —me llamó, alzando el tono de voz—. ¿Puedes prometerme una cosa?

Asentí.

Estaba cansada de prometer, pero a él le daría el universo entero si me lo pedía. Eso jamás cambiaría.

—Prométeme que mañana me mirarás a los ojos.

Algo vibró en mi pecho al escucharlo decir eso. Sería más fácil enfrascar la Vía Láctea en un botecito y dejárselo con un lacito en la puerta de su casa que mirarlo a los ojos. Estaba segurísima de ello.

Y, aun así, volví a asentir.

Capítulo 4

Agradecía librar el fin de semana y, a pesar de que muchas veces me aburría en casa y me iba al obrador un ratito por la mañana, no había pegado ojo en toda la noche. No había dejado de dar vueltas en la cama, pensando en lo cerca que lo había tenido, casi como si fuera un espejismo, reflexionando sobre lo... Sí, sobre lo mayor que estaba, lo adulto que parecía, en el cambio de su voz, ahora más profunda, más ronca. Sin embargo, seguía hablando con esa suavidad y expresividad tan característica en él, con su acento tan marcado. Se fue de la isla siendo un joven de dieciocho años y había vuelto siendo un hombre. La noche anterior todo estaba demasiado oscuro como para verlo con claridad, aunque, en realidad, tampoco quise hacerlo. Una parte de mí se moría por descubrir cómo habrían cambiado sus facciones tras tantos años, pero, por otro lado, me acojonaba hacerlo y descubrir que, en el fondo, mis sentimientos por él seguían siendo los mismos.

Comencé a ser consciente del ridículo que hice al ponerme a llorar delante de él, aunque me repitiera una y otra vez a mí misma que Enzo nunca me juzgaría por eso.

Me sobresalté al escuchar el sonido de la puerta principal abrirse y, unos segundos después, el crujir de los peldaños de las escaleras. Cam entró con una amplia sonrisa en mi habitación, soltó una bolsa en la mesita de noche y levantó la persiana para dejar pasar la luz. A veces me arrepentía de haberle dado las llaves de casa.

—*Buongiorno, principessa!* —canturreó. Se tiró encima de mí y me besuqueó la cara.

—Déjame. Soy el ser más ridículo y patético del mundo.

—Pero eso ya lo sabíamos, cariño. —Se puso en pie y tiró de las sábanas finas de verano para destaparme.

—Anoche hice el ridículo de una forma monumental, Cami. —Resoplé y me giré en la cama para quedar con la frente pegada a la pared.

—Cuéntamelo mientras nos comemos unos *crispelles*, anda.

Eso sí me sacó una sonrisa y me apresuré a sentarme con las piernas cruzadas. Inspiré hondo cuando el olor me inundó la nariz y la arrugué con una amplia sonrisa mientras le daba un mordisquito a uno. El día anterior había llegado con el estómago revuelto y no probé bocado, así que me moría de hambre.

Camillo no daba crédito mientras le contaba todo lo que sucedió con Enzo la noche anterior y no me interrumpió ni una sola vez, algo poco normal en él. Casi habíamos acabado la bolsa de *crispelles* cuando terminé de hablar.

—Ay, Mimi. —Abrió la boca sorprendido y me pinchó con un dedo en la cintura—. Acariciándote la cara y todo... —bromeó mientras me pellizcaba la mejilla.

—Quita —me quejé, dándole un manotazo—. No fui capaz de mirarlo a los ojos.

—Claro, estabas muy ocupada pensando en sus labios y en cómo besarlos. —Puso morritos y lanzó besos al aire.

—¡No! —Me sentí ofendida y me molestó bastante su comentario—. Tiene novia, Cam, no voy a meterme en eso.

—A lo mejor él sí quiere que te metas.

Negué con la cabeza sin decir nada, absorta en mis pensamientos. ¿Por qué iba a querer eso? Conociéndolo, traer a Valeria consigo no había sido una decisión a la ligera. Seguro que quería que conociera a su padre y a toda la familia. Además, sabía que la isla era pequeña y que todos se enterarían pronto de la existencia de la chica. Que *yo* me enteraría.

—En un rato salgo con mi madre para ir a Trapani a ver a mi abuela. —Se puso en pie de un saltito e hizo una bola con la bolsa del desayuno.

—No me puedo creer que te vayas en un momento así. —Resoplé, levantando la vista al techo—. Y encima sin avisar.

—Me lo dijo anoche, cariño, si no, te lo habría contado antes. —Puso una rodilla sobre la cama y se inclinó para darme un beso en la mejilla—. Ya he avisado a tu padre. El miércoles por la tarde te llevo a la playa como recompensa.

—Me llevas en mi moto, a la que echaré gasolina yo —dije, enarcando las cejas, y él me sacó la lengua.

—Pórtate bien, zorra. —Fue hacia la puerta, pero antes de salir me miró por encima del hombro—. Y ya me contarás si te desvirgan.

—¡Camillo! —Me reí y le lancé un peluche que chocó contra la puerta cuando él se apresuró a cerrarla.

Normalmente disfrutaba muchísimo el tiempo sola, pero mi cabeza era un torbellino de preguntas sin respuestas, de ilusiones sin pies ni cabeza que acabarían rompiéndome el corazón. Otra vez.

Estaba tan agotada mentalmente que ni siquiera me paré a elegir uno de mis modelitos, sino que escogí unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes. No solía vestir así para ir al centro, me daba

vergüenza que me vieran tan *descuidada* porque en un pueblo tan pequeño como el nuestro, la gente tiende a hablar de más.

Al final decidí acercarme al mercado en moto, y como cerraba a las ocho aún tenía tiempo para comprar especias y frutas. A las seis de la tarde la cosa estaba más animada, pues la gente aprovechaba las últimas horas de luz, la sombra de los edificios y los toldos de colores para pasear y comprar ingredientes naturales y de calidad.

—¡Buenas, Mimi! —Lucca se inclinó sobre su puesto para llamar mi atención, sacudió la mano en el aire de forma enérgica y me acerqué a él con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Qué traes hoy? —Me puse las manos en la cintura y eché un vistacito a su puesto mientras él recitaba una retahíla de especias en todas sus formas posibles.

—Clavo molido, canela en rama, canela molida y... Pues creo que eso es todo, pero imagino que querrás lo de siempre. —Enarcó una ceja y yo me eché a reír—. Te gusta jugar conmigo, ¿eh? —Negó con la cabeza. Supe que lo decía con segundas intenciones.

—Sabes que no. —Apoyé la cadera en la viga de madera y esperé pacientemente a que cogiera las bolsitas y calculara el precio—. ¿Cómo estás? Hace un par de semanas que no te veo.

Me tendió la bolsa de papel y se despeinó la melena castaña con la otra mano. Lucca era adorable, pero no creía que estuviéramos hechos el uno para el otro.

—Bien, aunque sigo esperando a tomar ese café que me prometiste. —Cogió el billete de mi mano y comenzó a rebuscar el cambio en su riñonera.

«Más promesas a la ligera».

—Uf —resoplé, dándome una palmada en la frente—, esta semana la tengo hasta arriba, ¿mejor la que viene?

—Aquí estaré esperando. —Abrió las manos para abarcar el puestecito, y le sonreí ampliamente, sincera.

El chico llevaba años intentándolo y yo también lo hice, de verdad que sí. Incluso nos dimos algunos besos en una fiesta el verano pasado, aunque... simplemente, no creía que pudiera funcionar. Era amable y muy mono, pero siempre que había intentado algo más con alguien, acababa provocándome rechazo. Nadie parecía estar hecho para mí, excepto Enzo Rossetti. Sin embargo, yo no estaba hecha para él.

Di unos pasitos atrás, me despedí de Lucca con la mano y, tan pronto como choqué con alguien, unas manos me sujetaron por la cintura para evitar que tropezara.

—Ay, lo siento mucho. —Me giré para ver a la persona con la que había impactado, pero el aire escapó de mis pulmones al encontrarme con él y, a su lado, su novia—. Ho... hola.

—Hola, Mía.

Cerré los ojos cuando su voz dulce llegó a mis oídos pronunciando mi nombre, acariciándolo, y me mordí con fuerza el labio inferior para no chillar.

«Por Dios, ¿podría este chico algún día dejar de ser mi debilidad?».

—¡Mimi! —Valeria, que estaba mirando un puestecito junto a nosotros, me saludó con la mano y enlazó su brazo con el de Enzo cuando se acercó—. ¿Has venido sola?

—Sí... Yo... siempre vengo sola.

—No siempre. —Él sonrió de medio lado, picándome.

Estaba a contraluz, pero aun así podía apreciar sus rasgos marcados, su nariz recta, su cabello castaño alborotado... ¡Cómo echaba de menos ser yo quien viera cómo se despeinaba con el viento mientras conducía su descapotable! Sin embargo, ahora era ella quien tenía la suerte de verlo. La chica se movió incómoda ante el comentario de Enzo, y yo le sonreí para tranquilizarla.

—A veces vengo con mi mejor amigo, Camillo —aclaré. Enzo pareció incomodarse ante esas palabras—. Es un amor, te encantaría conocerlo.

—Seguro que sí. —Ella me devolvió la sonrisa, algo más sincera, y ladeó la cabeza para dirigir la vista a mi cesta—. ¿Te gusta cocinar?

—Bueno, me dedico a ello, a la repostería.

Quería centrar mis ojos en la chica rubia, porque me negaba a mirar a Enzo, pero me fue imposible hacerlo cuando sus cejas espesas se alzaron con un gesto de sorpresa por encima de las gafas de sol y estiró la mano para quitar el paño de cuadros amarillos de mi cesta. Agradecía que los cristales fueran oscuros y no me permitieran ver sus ojos; de lo contrario, me habría desmayado en cuanto me di la vuelta y me encontré con él.

—Lo de siempre —comentó él, negando con la cabeza, dejando claro lo bien que me conocía.

—Hay cosas que nunca cambian —murmuré mientras tapaba de nuevo las bolsitas de especias, con cuidado de no tocarle la mano.

—Por suerte o por desgracia. Apreté los labios en una sonrisa forzada y me mordí con más fuerza el labio inferior.

Valeria parecía incómoda. Odiaba que alguien se sintiera fuera de una conversación, así que me esforcé para apartar los ojos de la boca de Enzo y la centré en los ojos azules de la chica.

—¿Te está gustando la isla? —le pregunté.

—¡Sí! —Su expresión cambió de inmediato, lo cual hizo que me sintiera más relajada—. Es todo un paraíso.

—Para estar unas semanas, quizá. —Me encogí de hombros—. Una vez que te acostumbras a vivir aquí, es como cualquier lugar.

—Comprendo —dijo con su particular acento británico—. Pues tendré que aprovechar estas semanas antes de volver a casa. —Sonrió algo apenada.

—¿Os vais en unas semanas? —Fruncí el ceño.

No pude evitar mirar a Enzo directamente a las gafas de sol. De verdad que agradecía que las llevara puestas, porque incluso así podía sentir la intensidad de su mirada a través de ellas.

—Ella —aclaró con voz neutra.

—Sí, tengo que volver, aunque quisiera quedarme aquí toda la vida. —Valeria hizo un puchero y apoyó la cabeza en el hombro de él—. Pero intentaré venir cada dos semanas.

—¿Sí? —preguntamos Enzo y yo a la vez.

—¿No quieres? —Ella pareció desinflarse como un globo al mirarlo, y él entreabrió la boca para responder.

—Será mejor que me vaya —lo interrumpí antes de que lo hiciera, nerviosa, y di un pasito atrás—. Nos vemos pronto.

Él parecía querer decir algo más, sin embargo cerró la boca y me sonrió. Se giró hacia su novia para hablar de un tema que no debería importarme, pero lo hacía, porque se trataba de él.

Cuando llegué a casa, solté la cesta en la mesa de comedor, me senté en la silla y enterré la cabeza en los brazos, resoplando. Me sentía fatal por Valeria. Seguro que se había dado cuenta de la forma en la que había estado mirando a Enzo, que me odiaba y me tenía un asco tremendo. No podía culparla, posiblemente yo también me odiaría si estuviera en su lugar.

—¿Una mala tarde?

—¡Dios, abuela! —chillé sobresaltada al escuchar su voz, dando un bote en la silla.

—Qué corazón más pequeño tienes, *bambina*.

Estaba sentada en la esquina del comedor, en su sillón, bordando en un bastidor redondo con su taza de café humeante en la mesita. Había llegado tan abatida que ni siquiera la había visto. El café olía a vainilla y canela, por lo que se me hizo la boca agua en un instante.

—Sírrete una taza, hay más en la cafetera —me dijo con una sonrisa y la vista clavada en el bordado, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Tienes que enseñarme esta receta, *nonna*.

—La tengo escrita en el testamento de tu padre. Cuando me muera, él la sabrá y, cuando se muera él, la sabrás tú. Te queda mucho que esperar aún, hija.

Me levanté para servirme el café y me acerqué a ella.

—He tenido una tarde horrible —le confesé en un murmullo mientras me sentaba en la alfombra, a los pies de su sillón, con la taza de café entre las manos.

—¿Lucca ha vuelto a pedirte salir? —bromeó, levantando la vista de la tela para sonreírme, divertida. Ese era otro de nuestros secretos: el chico de las especias.

—A parte... —Negué con la cabeza—. Puedo contarte lo que sea, ¿verdad, abuela?

—Lo que sea. —Asintió—. Solo lo sabremos Dios y yo. Y el Padre Alessandro. —Me guiñó un ojo y yo me reí.

Mi abuela era muy creyente, al igual que mis padres. Mi hermano se consideraba ateo, lo cual había sido un golpe muy duro, especialmente para la abuela, aunque al final lo habían acabado aceptando siempre y cuando no faltara a las fiestas familiares. Yo prefería evitar el tema, ya que no me consideraba cristiana, pero tampoco atea; simplemente, no pensaba en ello. Camillo siempre decía que en la única cosa en la que tenía que creer era en mí misma.

—Pues... es que... —Odiaba ser tan indecisa a la hora de elegir mis palabras. Eso me hacía decir a veces cosas que no pretendía o liar las frases y acabar diciendo las cosas más incómodas del mundo—. Me encontré con Lorenzo y su novia y... y...

—Te sientes mal por la chica —terminó la frase por mí. Asentí. Agradecía que me conociera tanto—. Cariño mío, una no elige de quién se enamora.

—Ah, no —negué con rapidez y le di un sorbo al café—. Yo no estoy enamorada de él. Ya no.

—¿Te cuento un secreto? —Dejó de coser y soltó el bastidor en la cestita de mimbre para coger su taza con las dos manos. Estaba llena de curiosidad—. ¿Sabes que tu abuelo no fue mi primer amor?

Su confesión me pilló un poco desprevenida y me sentí algo extraña.

—¿No...? ¿Entonces...? No lo entiendo, estuvisteis juntos sesenta y tantos años.

—Sesenta y cinco si contamos los años de novios. —Rio ella con dulzura mientras le daba un sorbito al café y se relamía los labios—. Antes del *nonno* hubo otro jovencito.

—¿De verdad? —Crucé las piernas, enderezándome para poner toda mi atención en sus palabras.

—Sí, cariño. Nunca fuimos nada, en realidad. Solo amigos... Muy muy amigos. Los mejores amigos del pueblo. Vivía muy cerquita del campo de mis padres y nos veíamos a menudo. —Sus ojos no estaban enfocados en mí, sino en algún punto lejano del pasado—. Uy, Mimi, ¡qué enamorada estaba de ese chico!

—¿Y qué pasó? ¿Por qué entonces saliste con el abuelo?

—Porque yo estaba enamorada de él, pero él no lo estaba de mí.

—Eso me suena —mascullé, bajando la vista al suelo.

—El caso es que el abuelo mostró interés por mí desde el principio. Me demostró que me quería, que me cuidaba y me amaba con todo su corazón y así, poco a poco, yo también me enamoré de él.

»Pero nunca olvidé al otro muchacho. Cada vez que lo veía en el pueblo, en las fiestas e incluso en el día de mi boda con el abuelo, lo miraba e imaginaba cómo habría sido nuestra vida juntos, cómo habría sido estar con él, compartir miles de momentos e historias. Me sentía mal por el abuelo, por supuesto. ¡Y peor me sentí cuando el chico, que ya era un hombre, me confesó estar enamorado de mí! —Sacudió la cabeza y dejó el café en la mesa. Me cogió las manos, apretándolas con cariño.

»Mi corazón se sintió dividido. Tener por fin lo que siempre había soñado e imaginado, cumplir ese sentimiento latente en mí y arriesgarlo todo por un amor que no sabía si podría ser... O valorar lo que tenía, a mi esposo, al hombre que sabía que me amaba y con el que sabía que tenía un futuro maravilloso asegurado. No me arriesgué, Mimi, porque tuve miedo de perderlo todo. Soy la más feliz del mundo por la familia que he conseguido, porque os amo con toda mi alma, pero una parte de mí siempre se quedará con la espinita de saber si ese hombre era el verdadero amor de mi vida y es algo que nunca dejaré de pensar, pues nunca lo pude comprobar. —Pegó su frente a nuestras manos entrelazadas y después me miró con un brillo triste en sus preciosos ojos castaños.

»De siempre se ha dicho que en la vida hay tres amores: el primer amor, el amor imposible y el amor de tu vida. Pero ¿sabes, Mimi? Yo solo tuve dos, el amor de mi vida, que fue el *nonno*, y mi amor imposible, que a la vez fue mi primer amor. —Cuando abrí la boca para preguntar, ella se adelantó—. Su nombre me lo llevaré a la tumba, querida.

La historia de mi abuela se hizo un hueco en mi pecho y se quedó ahí clavada, lo que me obligó a darle vueltas una y otra vez, a pensar en ella y en cómo se aplicaba en mí, en mi vida, en cómo me afectaban esas palabras. Yo ya había vivido mi primer amor —si es que podía llamarse así— hacía diez años. Fue mi primer novio, antes de conocer a Enzo, con apenas doce años, y aunque estaba muy pillada por el chico, del cual ni siquiera recordaba su nombre, se me pasó rápido en cuando conocí al joven despeinado de ojos azules. Como mi abuela, yo consideraba a Enzo mi amor imposible, aunque creía firmemente que también era el amor de mi vida. Qué jodido era saber que jamás sería nada más que eso: ilusiones, sueños y fantasías, esperanzas y deseos que siempre quedarían encerrados en mi mente y en mi corazón, bajo llave.

Me daba miedo enamorarme de nuevo, porque temía vivir lo mismo que vivió mi abuela. Querer tanto, tantísimo alguien, enamorarte locamente y ser feliz, pero, en la noche, al apagar la luz y cerrar los ojos, desear que fuera otro quien estuviese a tu lado. Me aterraba el simple hecho de pensarlo e incluso más de una vez me había dicho a mí misma que, si no era Enzo, no sería nadie. Nunca encontraría a otra persona porque no la había. Me sentía condenada a amar por el resto de mi vida al chico que jamás me correspondería. Eso era tan injusto que sentía que el corazón se me acabaría rompiendo en trocitos tan pequeños que jamás podrían recomponerse.

La historia de mi *nonna* me obligó a salir de casa. Me sentía encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación, donde los pensamientos podían condensarse y aturullarme la mente sin descanso. Una vez más, me puse el bikini negro y cogí lo mínimo indispensable para ir a la playa. Apenas quedaba poco más de media hora de sol, pero me apetecía marcharme con mis pensamientos a otro sitio, como a *nuestra* cala a ver el atardecer. Necesitaba conectar con todo lo que estaba sintiendo, ponerlo en orden, limpiarme de malas energías y manifestar para mi vida cosas bonitas y estabilidad. Mucha estabilidad.

En nuestra cala apenas solía parar gente, quizá algunos pescadores por la mañana, pero poco más. No era la más bonita, tampoco tenía una preciosa arena blanca o un mar celeste cristalino ni barquitas de madera amarradas frente a la puesta de sol. Principalmente, no era más que rocas por todas partes y matorrales que dificultaban la bajada a la arena. Sin embargo, era nuestro lugar, donde, años atrás, habíamos despejado nuestras mentes, hecho pequeñas fogatas y mirado incontables veces la puesta de sol mientras confesábamos nuestros miedos y deseos. Aquellos que habíamos dicho en voz alta, se habían cumplido. Mi miedo siempre fue separarnos algún día; el suyo, perderme, y ambos se habían

hecho realidad. Mi deseo, que siempre fuera mi mejor amigo; el suyo, que siempre fuera su mejor amiga... Deseo cumplido. Qué tonta fui por haber pedido eso en voz alta y no otra cosa, porque sentía que el haberlo dicho era lo que nos había condenado a esa eterna amistad.

Detuve la moto a un lateral de la calzada y dejé las sandalias ahí para sentir la grava y la arena durante la bajada. Aunque a veces me fastidiaban las piedrecitas puntiagudas o las astillas, mis pies ya estaban acostumbrados.

El hueco entre dos enormes rocas grises que formaban una media luna era nuestro lugar favorito para colocar las toallas. Me sentía tan sola que me dolía el corazón. Desde que supe que había llegado a la isla, ese sentimiento se había instalado en mi pecho y no me dejaba continuar, me llenaba de inseguridad, miedo e incertidumbre. Hay quienes lo llaman ansiedad, yo prefería llamarlo corazón roto, porque era como yo lo sentía.

Había ido a la Cala de Colores muchas veces a lo largo de esos cuatro años y había repasado con los dedos las inscripciones talladas en la piedra incontables veces. Nuestros cumpleaños, el día en que nos conocimos y... Siempre me dolía en lo más profundo de mi ser repasar esa fecha, porque la había escrito él solo, en alguna de sus visitas a la isla, y seguramente lo hizo sintiéndose traicionado y dolido: el día en que nos despedimos. Suspiré, apartando la yema de los dedos de la superficie rugosa, y me senté con las piernas cruzadas para mirar hacia el horizonte. Presté atención al sonido de las olas picadas rompiendo contra las rocas y la orilla. Era como una canción triste, la ida y venida del mar, trayendo y llevándose tantos sentimientos y recuerdos que eran imposibles de contar con los dedos. Abrí los ojos y me encontré con el cielo teñido de violeta, rosa y naranja, con el sol bajando a una velocidad más que notable.

—¿Llego a tiempo?

Se me cortó la respiración al escuchar su voz, pero, en lugar de quedarme paralizada, asentí y me moví hacia mi izquierda para hacerle un hueco en la toalla sin apartar la mirada del cielo. Me abracé las rodillas y apoyé el mentón en ellas, en silencio. No quería mirarlo ni entablar una conversación, así que me quedé callada un buen rato hasta que él decidió hablar de nuevo:

—He venido muchas veces aquí desde que nos despedimos. — Apoyó la espalda en la roca y alzó la barbilla. Lo miré de reojo y lo descubrí con los ojos cerrados y su labio inferior atrapado entre los dientes. Me apresuré a enfocar la vista hacia adelante cuando bajó la cabeza—. Y te puedo prometer que este es el atardecer más triste que he visto.

—A mí me parece bonito —le dije en un susurro, viendo que el sol terminaba de esconderse.

—No me mientas.

—No lo hago.

—Mírame a los ojos y dímelo de nuevo. —Se inclinó hacia adelante y se movió para sentarse frente a mí. Cerré los ojos con fuerza, me abracé las rodillas y enterré la cara entre los brazos. Sentí sus manos sobre las mías, apretándolas con suavidad—. Mía.

«Tuya».

Levanté la cabeza y me encontré con sus labios, los cuales me sonreían levemente para animarme. Tenía el rostro bañado por la luz anaranjada del atardecer, marcando más aún si era posible sus facciones rectas y marcadas, aunque tan amables como las de su hermano. Ahora llevaba barba, recortada y perfilada de manera que resaltaba la línea de sus pómulos. Me armé de valor y me llené los pulmones de aire para contener la respiración. Entonces lo miré a los ojos.

—Ahora sí. Hola —me dijo, como si fuera la primera vez que nos veíamos. Quizá sí que lo fuera. Sonrió más aún y esa vez la sonrisa llegó a su mirada.

Eran tal y como los recordaba. El azul más intenso y profundo que jamás había visto; dos mares llenos de la misma agua que el Océano Índico. Había visto tantas emociones reflejadas en ellos, tantas confesiones y secretos, que siempre creí conocerlo todo. Sin embargo, en ese momento expresaban algo tan diferente y nuevo que me asusté cuando creí entenderlo.

—Hola. —Sonreí como una tonta y todos mis miedos parecieron marcharse arrastrados por la marea.

—¿Ves? No era tan difícil —parecía estar regañándome.

—A mí me parece bonito —repetí en un murmullo, casi hipnotizada, con los ojos clavados en los suyos, refiriéndome al atardecer.

—Y a mí. —Bajó la vista por un segundo, pero volvió de nuevo a mis ojos—. Simplemente no lo estaba viendo bien.

Sentí una punzada, un aleteo, en el centro de mi abdomen. Mariposas, las llaman. Más bien fueron cientos de agujas de esperanza que me esforcé por acallar.

Él también se refería al atardecer.